



Maqroll el Gaviero, conciliador de mundos

Samuel Serrano

«Si nuestra vida es vagabunda, nuestra memoria es sedentaria». ¹ Esta afirmación que Marcel Proust formuló para referirse a su *Recherche du temps perdu* podría ajustarse, sin duda, a la obra de algunos poetas hispanoamericanos como Pablo Neruda o Jorge Luis Borges, pero de forma quizás menos evidente a la obra de Álvaro Mutis y a su criatura Maqroll el Gaviero, ya que los sitios a los que torna la memoria del poeta colombiano y su enigmático Gaviero no se encuentran circunscritos a un lugar en concreto, a un barrio de grandes casas con puerta cancel en las que siempre hay un patio con un aljibe y una parra, como el Palermo ancestral del argentino, o una tierra de naturaleza exuberante y feraz, como el lluvioso Temuco natal del chileno, sino que abarcan una comarca más amplia, un vasto horizonte separado por el mar que incluye las orillas de paisajes y mundos lejanos y disímiles entre los que Álvaro Mutis empezó a desplazarse sobre la gavia de los sueños desde sus primeros años.

Todo viene de la infancia, esa riqueza preciosa, grandiosa, fuente inagotable de recuerdos a la que Rilke ² aconseja regresar la mirada para encontrar nuestra esencia y nuestro ser. La tarea de Mutis, como la de todo gran poeta, ha sido un

¹Proust, Marcel. *À la recherche du temps perdu*. Tomo III. París, Gallimard, 1966, p. 989.

²Rilke, Rainer María. *Cartas a un joven poeta*. Carta n° 1. Barcelona, Obelisco, 1996.

esfuerzo titánico de la imaginación y la memoria para conciliar, en una unidad inseparable, los fragmentos de su infancia desperdigada y rota entre las orillas de dos mundos.

Sin embargo, la infancia de Mutis no fue, en verdad, nada común. Como hijo de un diplomático colombiano destacado en Bélgica, país al que se trasladó con toda su familia, sus primeros años transcurrieron entre los liceos de Bruselas, donde recibió la educación primaria, y la finca de caña y café de Coello, fundada por su abuelo en el departamento del Tolima, en la zona cafetera de Colombia, hacia donde la familia viajaba cada año en barco desde el puerto flamenco de Amberes para tomar sus vacaciones de verano. Esta temprana errancia originó que los recuerdos de la infancia del poeta colombiano tuvieran el aspecto de un tapiz abigarrado en el que se entreveran, de manera indisoluble, los lánguidos paisajes de la campiña europea con la pujante naturaleza de la Tierra Caliente colombiana, que propicia la vida y la destrucción de una manera acelerada; las brumosas y frías llanuras de Flandes, cruzadas por lentas barcazas, con el bochorno estridente de los puertos tropicales, donde arribaban los barcos luego de una larga travesía por los mares; la severa majestad de las catedrales y palacios de piedra, que atestiguan el paso de los siglos, y los ríos torrentosos de los Andes, que arrasan las montañas en tiempos de creciente; los hechos de guerreros y de reinos, que tienen la dorada pátina de los años, y el mundo sofocante de los trópicos que todo lo deslíe y lo desgasta con su hálito letal y destructor. Amalgama nutrida y poderosa que, no obstante, sería difícil de plasmar en una creación literaria si, desde muy temprano, el poeta colombiano no hubiera enfrentado en su vida una experiencia capital y dolorosa: la pérdida de ese mundo de orillas dilatadas al que se había acostumbrado desde niño y que marcaría su vida para siempre con el estigma del hombre desterrado, del hombre que, arrancado de su querencia y de su afecto, se ve obligado a abrirse al mundo, a mirarlo y tratarlo en toda su complejidad y anchura.

Cierto es que Mutis no ha tenido nunca que afrontar la condición específica de exilado, es decir, la del hombre que, arrancado de su hogar y su querencia por razones políticas o ideológicas, se ve obligado a emprender una nueva existencia en un país y una cultura diferentes; pero sí han existido en su vida grandes pérdidas o rupturas que lo han alejado de su objeto ideal y le han causado esa impronta de angustia y de dolor que marca al hombre en el exilio al sentirse desamparado y entregado a sus propias fuerzas.

La primera de estas grandes pérdidas fue Bruselas, ciudad que la familia abandonó a causa de la repentina muerte de su padre; la segunda, Coello, su finca y paraíso natural entre cafetos, trapiches y guaduales, de donde la familia hubo de partir a causa de la violencia secular colombiana para establecerse definitivamente en Bogotá; y la tercera, Colombia, su país, orilla insoslayable de sus afectos y añoranzas, de donde el poeta tuvo que alejarse definitivamente en 1956 para eludir la responsabilidad del juicio, debido al descalabro económico provocado por su excesivo idealismo, que enfrentaba con la compañía petrolera para la que trabajaba.

No obstante, estas experiencias, por dolorosas o estimulantes que resulten, no serían suficientes para producir el milagro de una escritura poética si las mismas no se vieran potenciadas en la vida del poeta por el hábito de la lectura, esa «existencia paralela que corre al lado de la cotidiana, sólo en apariencia más real que aquella»,¹ a través de la que Mutis entró en contacto con los capitanes introspectivos de Conrad, los viajeros impenitentes de Salgarí, los locuaces marineros de Melville, los paisajes antillanos de Saint-John Perse, el absurdo de la vida de Kafka y la desesperanza de Malraux, nutrido y encontrado linaje que, junto a las experiencias de su existencia azarosa e intensa, permitiría que, poco a poco y a lo largo de años de lenta gestación, fuera emergiendo de su zona más profunda, como un *efrit* de una lámpara antigua, la figura de Maqroll el Gaviero, ese marinero enigmático, de origen indeterminado que vive siempre errante entre los trópicos y los puertos de Marsella, Cádiz y Amberes y que, pese a evocar con frecuencia su pasado, parece haber perdido para siempre el camino de regreso.

Los hombres no escriben sobre lo que ven, sino sobre lo que han leído de lo mismo que ven; por ello, en las lecturas de Melville, de Conrad, de Perse, de Malraux y en sus devastadoras visiones de los trópicos malayos o en las idílicas estampas de la Martinica del poeta antillano, Mutis encontró un reflejo de sus vivencias en la Tierra Caliente colombiana y en los puertos tropicales del Atlántico y Pacífico donde recalaban los barcos en su larga travesía desde Amberes, y donde la naturaleza, desmesurada, seductora y avasallante a un mismo tiempo, se encuentra exaltada en su ciclo de generación y muerte. Imágenes que, unidas al contrapunto entre la pesadumbre y el desafío que caracterizan al sentimiento del hombre en el exilio, irán apareciendo como telón de fondo de los lugares donde medita o delira Maqroll en busca del sentido de su vida.

¹Mutis, Álvaro. *De lecturas y algo del mundo*. Barcelona, Scix Barral, 2000, p. 78.

Maqroll, que antiguamente ha desempeñado el oficio de gaviero, es decir, el del marinero que trepado en la gavía o atalaya del palo mayor del barco otea el horizonte lejano de los mares, es la figura poética y clarividente que Mutis ha encontrado para salvar del desastre final del tiempo los fragmentos de su infancia desperdigada y rota entre las orillas de dos mundos distintos y lejanos, unidos y zanjados por el mar, y expresar, al mismo tiempo, la pesadumbre existencial y el conocimiento que la experiencia del exilio ha dejado en su vida.

Maqroll, por tanto, nace viejo, trashumante, desencantado, lleno de achaques y dolencias, rememorando siempre experiencias lancinantes de su pasado o brevísimos instantes en los que la felicidad fue posible. Sabemos de su escepticismo, su ironía, sus trabajos anómalos y su intuitivo carácter que lo lleva a romper repentinamente con sus empresas para embarcarse en nuevas aventuras que no conducen a ninguna parte. Sin embargo, no conocemos su rostro, su pasado o su lugar de origen, pues el autor nos va entregando su silueta con moderada y sabia contención, como los trazos de un sueño recurrente que torna cada tanto a nuestra vida sin que sus sombras lleguen nunca a revelarnos su secreto.

Entre las diferentes teselas del mosaico de Maqroll que Mutis ha forjado a lo largo de sus años de creación literaria, desde su temprano debut en *Los elementos del desastre* (1953), donde aparece elevando una oración oscura y descarnada a un dios desconocido, hasta su emancipación total del verso en su saga postrera e inconclusa de siete novelas aparecidas entre 1986 y 1993, no cabe duda de que la que mejor lo define es «La nieve del almirante», poema incluido en *Caravansary* (1981), pues no solo lo describe en la extensión que su figura permite:

Al tendero se le conocía como El Gaviero y se ignoraban por completo su origen y su pasado. La barba hirsuta y entrecana le cubría buena parte del rostro. Caminaba apoyado en una muleta improvisada con tallos de recio bambú. En la pierna derecha le supuraba continuamente una haga fétida e irisada, de la que nunca hacía caso. Iba y venía atendiendo a los clientes al ritmo regular y recio de la muleta que golpeaba en los tablones del piso con un sordo retumbar que se perdía en la desolación de las parameras. Era de pocas palabras, el hombre.⁴

⁴Mutis, Álvaro. *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1988*. Madrid, Visor, 1997, p. 150.

También nos revela los rasgos principales de su carácter y los resortes de su alma a través de las sentencias escritas por su mano en los cochambrosos muros de uno de sus improvisados refugios:

Guarda ese pulido guijarro. A la hora de tu muerte podrás acariciarlo en la palma de tu mano y ahuyentar así la presencia de tus más lamentables errores, cuya suma borra de todo posible sentido tu vana existencia [...].

Hay regiones en donde el hombre cava en su felicidad las breves bóvedas de un descontento sin razón y sin sosiego.

Sigue a los navíos. Sigue las rutas que surcan las gastadas y tristes embarcaciones. No te detengas. Evita hasta el más humilde fondeadero. Remonta los ríos. Desciende por los ríos. Confúndete en las lluvias que inundan las sabanas. Niega toda orilla.³

Si algo tiene claro Maqroll en medio de las dudas que lo asaltan es que resulta imposible ordenar los símbolos que la naturaleza envía al hombre y llegar a saber. Por eso, realiza un viaje incesante y desesperanzado que, más que tránsito, es mero devenir, aceptación lúcida de lo fortuito sin preocuparse por intervenir en los hechos y pasiones de los hombres, dejando que «el destino, o como quiera llamársele juegue a su antojo bajo el sol implacable o las estrelladas noches sin término de los trópicos».⁴

La errancia de Maqroll es, en verdad, muy dilatada: el mar y los desiertos, las minas y la selva, las tierras altas y las tierras bajas, el páramo y los puertos, el río torrencioso que enlaza estos lugares; pero, aunque su aventura se relacione con atravesar la selva en busca de unos enigmáticos aserraderos que se desvanecen en el aire o con escarbar la yeta de una mina que no logra desentrañar jamás, su desafío es siempre el mismo: enfrentarse a la inminencia de la muerte, previendo sus signos e intentando adivinar su forma, pues el Gaviero sabe que hay una esencia de destrucción oculta en toda empresa humana, pero es imposible de adivinar, y su lucidez consiste, precisamente, en descifrar esa esencia y aceptarla con serenidad sin retroceder ante su devastación. La facultad vidente de Maqroll es, en realidad, una condena; ya que, al poder remontarse por encima de la mirada de los hombres, sabe que todo está perdido de antemano y que todo esfuerzo es

³Ibidem, p. 151.

⁴Muñiz, Álvaro. *Poesía y prosa*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1981, p. 287.

inútil, sin embargo, no rehuye del combate por la vida porque, como todo héroe desesperanzado, no está en el fondo reñido con la esperanza, pues sabe que solo en las efímeras dichas que ofrece la vida se encuentran «las breves razones para seguir viviendo».⁷

En su largo tránsito por los mares y los sitios más escabrosos de la tierra, Maqroll ha sufrido la enfermedad, las plagas, la fiebre, la malaria, la locura, la muerte y, también, la «desaparición de los pies como última consecuencia de su vegetal mutación en desobediente materia tranquila»,⁸ situación que no le ha impedido; sin embargo, aparecer vivo nuevamente en posteriores episodios de su saga y proseguir su errancia, su subversión de las costumbres y las leyes, su defensa de la libertad a ultranza lo convierten en un autoexiliado del paraíso de seguridad y confort anhelado por los hombres. Lo que realiza el Gaviero con la expiación de sus males, con el padecimiento de sus plagas y el desarrollo de sus desatinadas empresas no es otra cosa que un sorprendente proceso alquímico que, como señala Martha Canfield, termina por extraer el oro de la escoria al trocar los sórdidos materiales de su miseria en el oro luminoso de la sabiduría que nos ofrece en cada uno de sus poemas y relatos.⁹

En contrapunto siempre con una naturaleza tropical de exuberancia mórbida que mina y desvanece las razones esenciales para vivir, los libros que Maqroll lleva como avío en sus empresas (*Enquête du Prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis Duc d'Orléans*, *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, las *Cartas* del príncipe de Ligne, etc.) parecen por completo alejados de los parajes que recorre y del asunto de sus días, pues hablan de dinastías y viejos reinos forjados a lo largo de los años; pero, en realidad, son la otra cara de la moneda: el desplome de Dios y de la historia, que encuentran en el trópico y en su ciclo de vida y muerte acelerado un elemento en común: la ineluctable decadencia de toda empresa humana, que sigue y acompaña a su esplendor. No hay que olvidar que las empresas y tribulaciones del Gaviero no son otra cosa que un aprendizaje hacia la muerte, ese extenso y penoso peregrinar del hombre a lo largo de su vida, designado por Maqroll como «hospitales de ultramar»:

⁷Ibidem, p. 289.

⁸Mutis, Álvaro. *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 121.

⁹Mutis, Álvaro. *Semana de autor*. Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, 1993, p. 28.

Con el nombre de hospitales de ultramar cubría el Gaviero una amplia teoría de males, angustias, días en blanco en espera de nada, vergüenzas de la carne, faltas de amistad, deudas nunca pagadas, semanas de hospital en tierras desconocidas curando los efectos de largas navegaciones por aguas emponzoñadas y climas malignos, fiebres de la infancia, en fin, todos esos pasos que da el hombre usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio.¹⁰

Errante, vagabundo y desesperanzado por los mares del mundo, Maqroll, con sus disparatadas empresas, de las que no depende el destino de un pueblo ni tampoco el suyo propio, escrito desde siempre, es uno de los pocos héroes posibles en un mundo a la deriva que ha perdido sus orillas y su centro.■

¹⁰Múñiz, Álvaro. *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 104.